

sus bienes. Tan resuelta era su actitud, que d'O, «asombrado, les dijo que habían hecho bien;» y apenas se hubo alejado, los milicianos se dispersaron y volvieron a sus casas, ejemplo que imitaron las compañías que se habían quedado en el cementerio. En el puente Saint-Michel, un ligero entusiasta, La Rue, obligó al capitán Riolle, zapatero del rey y antiguo hugonote, a cederle el paso.

Enrique III había movilizado a los milicianos únicamente para tener «la plaza caliente» para los soldados. A las cinco de la mañana, el concejal realista Lugoly abrió la puerta de Saint-Honoré a los suizos y a los guardias franceses que en silencio se encaminaron a los Inocentes, en donde las diversas compañías supieron los puntos a que estaban destinadas, poniéndose en seguida en marcha al través de la población que se despertaba al son de pifanos y de tambores. La compañía francesa de Olphán du Gast se apostó junto al pequeño Chatelet, en frente del Pequeño Puente; la de Marivaux ocupó el puente Saint-Michel; y tres compañías suizas se alojaron en el mercado Nuevo, en plena Cité: estas tropas iban mandadas por Crillon. Cuatro compañías suizas y dos francesas guardaban la plaza de Greve; el resto se había quedado en el cementerio de los Inocentes.

Los soldados se creían ya dueños de la ciudad; los suizos se hartaban de callos que habían encontrado en el mercado Nuevo, y los franceses decían a los ciudadanos que pusieran sábanas blancas en sus camas, en las que ellos se acostarían aquella noche. Algunos registraban indiscretamente a las mujeres que pasaban y Crillon «amenazaba al cielo y a la tierra.»

El barrio de la Universidad, que era el más exaltado, fué el primero en agitarse. Al amanecer, Crucé, uno de los Diez y seis, había dado la voz de alarma y en seguida habían acudido los ligeros armados, ocupando la encrucijada de Saint-Severin que cierra el acceso a la plaza Maubert y domina la entrada de la Universidad. Los predicadores sublevaron a los escolares; un doctor en teología, Pegnard, que se había puesto la coraza, exhortó a los que le seguían a que combatieran valerosamente por la libertad de la ciudad y por la religión; Boucher predicó la guerra santa a los alumnos del Colegio de Fortet, trece ó catorce de los cuales empuñaron las armas; y el Colegio de Clermont también proporcionó algunos combatientes. Crillon, que veía como se organizaba la resistencia, quería apoderarse de la plaza Maubert; pero recibió orden de no moverse, y el centinela que había colocado a la entrada del arrabal de Saint-Severin hubo de retirarse.

Circulaban los más siniestros rumores acerca de los propósitos de la corte: el concejal ligero, Saint-Yon, pretende que en las Casas Consistoriales llegaron a reunirse hasta ocho verdugos llamados por orden del rey; y un ciudadano del mismo partido que escribió una «Historia de la jornada de las Barricadas» refiere que en el momento de ser acantonadas las tropas (no sabe «si por casualidad ó por otra cosa») apareció en la puerta de la casa comunal un ayudante de verdugo. París creyóse amenazado de una ejecución, y algunos miembros del Parlamento, como Brissón, se dejaron arrastrar por las pasiones populares y tomaron las armas.

Los ciudadanos de la calle Neuve-Notre-Dame y de

la calle de la Calandre, de la Cité, tendieron cadenas y arrojaron en medio de la calle yunques, vigas, carretas, toneles llenos de grandes guijarros ó de adoquines, cavaron un foso en aquella muralla móvil y excavaron sus casas, derribando los tejadillos. Detrás de aquellas fortificaciones y en las ventanas de las casas se apostaron algunos arcabuceros; las mujeres y los niños se proveyeron de piedras, y toda la Cité se llenó de barricadas, ejemplo que siguieron la Universidad y la ciudad. Varios militares se habían unido a los zapadores voluntarios para dirigir sus trabajos. El duque de Guisa no salió de su palacio, pero los hidalgos a quienes había hecho entrar en París se mostraban en público, y el conde de Brissac, el capitán Saint-Paul y otros se pusieron al frente del motín. Brissac, el vencido de las Azores, de quien Enrique III había dicho maliciosamente que no servía ni por tierra ni en el mar, quería hacer la prueba de lo que valía en la calle y, capitaneando los contingentes de la Universidad, mandó ocupar la entrada de la encrucijada de Saint-Severin é inspiró los movimientos decisivos.

Los soldados habían presenciado, mofándose de ellos, los primeros preparativos de la defensa; pero muy pronto se vieron aprisionados, quedando los diversos cuerpos, apostados en diferentes puntos, como otras tantas guarniciones aisladas y sitiadas, pues todas las comunicaciones estaban cortadas y los víveres que se les enviaban eran detenidos por el camino. Los ciudadanos de la calle de Saint-Denis se apoderaron de las provisiones destinadas a las compañías del cementerio de los Inocentes y se bebieron el vino a las barbas de los soldados; y los del barrio de Saint-Antoine interceptaron las pólvoras que se mandaban a la plaza de Greve. Toda la ciudad estaba contra el rey. A Cossein, que tenía el mando de los guardias franceses situados delante de las Casas Consistoriales, preguntábase un amigo en tono de chanza si se encontraba bien, a lo que él contestó medio en broma medio apesadumbrado, que el preboste de los mercaderes, que había asegurado al rey el concurso de treinta mil habitantes, cumplía mal su promesa, y que él comenzaba a comprender que los treinta estaban por el monarca y los mil por el señor de Guisa.

Estas noticias aterraron a Enrique III, quien por la mañana mostrábase sonriente y seguro del éxito; pero toda su firmeza desapareció ante la sorpresa de aquella sublevación formidable. Ausente D'Eperón, el rey se veía rodeado sólo de consejeros cobardes que le inspiraban miedo a su propia energía: así es que no se atrevió a ordenar el ataque y dejó que las tropas permanecieran inmóviles enfrente del motín que crecía por momentos. Dinteville, que se hallaba en la Cité, en vez de combatir se veía obligado a parlamentar con los insurrectos y a explicar las intenciones del rey; y los soldados, desmoralizados por la inactividad, por la carencia de órdenes y por la incógnita que para ellos significaba la batalla en las calles, estaban a merced de los agresores. Era más de mediodía; el sol y el vino habían calentado las cabezas, y los ciudadanos de la Cité se juraron no permitir que las tropas pasaran la noche en su barrio, é intimaron la rendición a los suizos del Mercado Nuevo, los cuales, sin disparar un tiro, consintieron en abandonar su puesto y en retirarse al fondo del mercado,

Las compañías francesas que guardaban el Pequeño Puente y el puente de Saint-Michel se encontraron indefensas en el momento de ser atacadas por el lado de la Universidad. Marivaux, que se encontraba en el puente Saint-Michel, hubo de capitular y de reunirse con los suizos, mientras Brissac entraba en el pequeño Chatelet y hacía retroceder hasta la Cité a la compañía de Olphán du Gast.

En el entretanto, los burgueses enviaron al rey una diputación suplicándole que mandara retirar las tropas, pero antes de que la orden llegase, los contendientes habían venido a una inteligencia: las compañías francesas y extranjeras reunidas en el Mercado Nuevo prometieron retirarse por la calle Neuve y el puente de Notre-Dame, lo que hicieron marchando en primer lugar Marivaux, después las tropas suizas y finalmente Du Gast. A su paso abríanse las barricadas; mas como los suizos, inquietos, conservaban encendidas las mechas, los sublevados les gritaron que las apagaran, a lo que ellos no quisieron acceder. De pronto sonó un tiro y cayó muerto un ciudadano, é inmediatamente los suizos fueron acometidos por los rebeldes que los maltrataron en la calle y desde lo alto de las casas, pereciendo más de sesenta de ellos. Los pobres suizos se arrodillaban y, enseñando sus rosarios, gritaban: «¡Buena Francia! ¡Buen católico!» Pasado el primer ímpetu, los vencedores concedieron gracia a las compañías suizas y francesas, pero las acorralaron otra vez en el Mercado Nuevo.

La situación de las tropas acantonadas en la plaza de Greve y en los Inocentes podía de un momento a otro llegar a ser también peligrosa. El rey, para salvar a sus soldados, recurrió a Guisa, el cual, retirado en su palacio, dirigía desde lejos, sin dejarse ver, los movimientos de la insurrección. El duque acogió gustoso la invitación del soberano y salió, vestido sólo con jubón, sin armas ni coraza, precedido de dos pajes que llevaban el uno su espada y el otro su rodela.

Dirigióse al cementerio de los Inocentes para poner en libertad a Bonouvrier, que estaba allí aprisionado, y asimismo libertó a la guarnición de la Greve, marchándose luego al Mercado Nuevo en donde se encontraban las tropas derrotadas. Los suizos cayeron de rodillas y tendieron hacia él sus manos; y las alabanzas que dedicó a los burgueses llenaron a éstos de orgullo y disiparon sus resentimientos. Ordenó a Saint-Paul que acompañara a los soldados del rey, desfilando entonces las compañías francesas por delante de su libertador con la cabeza descubierta. Saint-Paul, con una vara en la mano, guió a los vencidos como si fueran un rebaño. Guisa regresó a su palacio, aclamado por una muchedumbre entusiasta que se obstinaba en gritar «¡Viva Guisa!» a pesar de sus súplicas de que gritaran «¡Viva el rey!»

Había terminado la batalla, pero la paz no estaba hecha, puesto que el rey y la Liga continuaban armados. Enrique III acantonaba las tropas alrededor del Louvre, en vez de hacerlas salir de París; a su vez, los parisenses fortificaban sus barricadas y las extendían hasta las inmediaciones del castillo, llegando a construir una delante de Saint-Germain-l'Auxerrois, tocando al palacio de Borbón, casi debajo de las ventanas del Louvre. Transcurrió la noche en medio de grandes zo-

zobras; los ciudadanos velaban y en todas las casas había luz; los cortesanos temían un ataque, y durante una hora el rey y sus hidalgos, trastornados por los gritos de la calle, permanecieron de pie y empuñando la espada.

En la mañana del viernes, la ciudad estaba aún más fortificada que la víspera. Brissac a duras penas podía contener a los estudiantes de la Universidad que, dirigidos por tres doctores en teología, hablaban de pasar los puentes: «Vayamos a apoderarnos de ese bugre de rey en su Louvre,» exclamaba el abogado La Riviere. La reina madre comprendió que era ya hora de intervenir, y para poner a prueba su popularidad, quiso ir a la Santa Capilla; las barricadas se abrieron sólo lo más preciso para dejar paso a su litera, y Catalina, haciendo de tripas corazón, atravesó sonriendo aquellos desfiladeros; pero cuando hubo regresado a palacio prorumpió en llanto y en sollozos.

No había más remedio que recurrir nuevamente al duque de Guisa, así es que la reina madre se hizo conducir por la tarde a la residencia de éste a fin de concertar, valiese por lo que valiese, un segundo tratado de Nemours; pero habiendo encontrado al duque más difícil de lo que se figuraba, envió el secretario Pinart a su hijo con encargo de decirle en qué disposiciones aquél se hallaba. El emisario encontró el Louvre desierto, pues el rey, advertido de que los ligeros se proponían sitiar en regla el Castillo a la noche siguiente, había salido a pie fuera del recinto, como si fuese a pasearse por las Tullerías; y cuando hubo traspuesto la Puerta Nueva, subió a caballo y se alejó de París seguido de los cortesanos y consejeros que le habían permanecido fieles, exclamando: «Ciudad ingrata; te he amado más que a mi propia mujer.»

### III.—Sumisión del rey

El duque de Guisa adoptó inmediatamente las medidas necesarias: para evitar toda manifestación hostil y toda protesta, prohibió al primer presidente Aquiles de Harlay, y ante su negativa le hizo prohibir por la reina madre que reuniese el Parlamento al día siguiente (14 de mayo); y ocupó la Bastilla (14 de mayo), el Arsenal y el castillo de Vincennes (18 de mayo). El preboste de los mercaderes, Pereuse, y dos concejales se habían declarado partidarios del rey; Pereuse fué arrestado y la municipalidad disuelta, procediéndose revolucionariamente el 18 de mayo a nuevas elecciones, en las que, en vez de los 77 electores tradicionales, una «compañía de buenos ciudadanos católicos» nombró los magistrados municipales, y aun los sufragios hubieron de ser emitidos en alta voz, «a fin de evitar cualquier abuso.» Marchaumont, elegido preboste de los mercaderes, se recusó y fué substituído por La Chapelle-Marteau. Uno de los nuevos concejales, Roland, manifestó que no podía aceptar su cargo sino «con el beneplácito del rey» y provisionalmente «hasta que otra cosa haya sido ordenada por su dicha Majestad,» declaración a la que se asociaron sus colegas; el duque de Guisa exhortó a los elegidos a que «ejerciesen bien y debidamente sus cargos y sirvieran en ellos fielmente a Su Majestad y al público.» Salvo la adición de la palabra «público» después del rey, las palabras, llenas siempre de sumisión y de respeto, disimulaban la rebelión.



Pero los actos eran bien claros: un ligüero, Congi, fué nombrado jefe de ronda en reemplazo de Lorenzo Tetu; La Morliere, adjunto del Comité de los Seis, despojó á Rapin del prebostazgo del Palacio; otro fanático, La Bruyere hijo, teniente particular del Chatelet, usurpó el cargo de teniente civil; Bussy-Leclerc fué nombrado gobernador de la Bastilla y todos los capitanes de la milicia que el rey había instituído en 1585 fueron destituidos y reemplazados por hombres de condición inferior consagrados al partido en cuerpo y alma. París aceptó, bien que burlándose de ellos, á esos «capitanes del bacalao y del solomillo.»

El duque de Guisa obró de perfecto acuerdo con el Consejo director de la Liga y con la Municipalidad, la cual se puso en relación con las buenas ciudades, escribiendo á las gentes de Ruán, de Sens, de Troyes, de Chalóns, de Reims, de Mondidier y de Amiéns para invocar su ayuda, puesto que juntos reconocían «á un mismo Dios, una misma fe y á un mismo rey,» y justificando la sublevación de París por «el pernicioso Consejo del rey» que quiso «prostituir» á los buenos católicos para una sedición y saqueo de la ciudad. Con objeto de conservar los mercados en donde se aprovisionaba y el libre curso de las vías comerciales, recordaba á los habitantes de Sens que sus hijos hacían sus estudios en la capital: «Pensad también... en un depósito más querido que de vosotros tenemos en los colegios de esta ciudad, en donde no querréis negar á vuestros hijos lo que se os quiere, y persuadir á las demás ciudades de que nos nieguen por los viveres y otras comodidades con que, en todo tiempo, nos hemos socorrido mutuamente.»

La municipalidad tiene el convencimiento de que «según el comportamiento de París se comportarán las demás ciudades» y no les escatima consejos ni súplicas; apremia á las comunidades católicas para que envíen diputados al rey á fin de apoyar sus demandas y de formularle reclamaciones; amonesta á los habitantes de Melún por no haber recibido en su ciudad á Saint-Paul, emisario del duque de Guisa; envía á Montereau y á Corbeil un agente con el pretexto de que ayude á los ciudadanos, pero en realidad para guiarlos; escribe á los personajes más ilustres para atraérselos ó para darles las gracias; invita al duque de Nevers á que se una «con los príncipes católicos para lograr que prospere la reclamación por ellos dirigida á Su Majestad;» dirige el mismo ruego al señor de Villars, gobernador del Havre; y alaba el celo de Mayenne y del cardenal de Guisa. París, con ó sin rey, quiere conservar su categoría de capital.

El duque de Guisa, por su parte, también escribió, en 17 de mayo, á las buenas ciudades. Consideraba como una especie de milagro aquella jornada de las Barricadas, «toda resplandeciente de la infalible protección de Dios;» pero no se olvidaba de sí mismo y decía: los parisienses, «seguros de mi presencia, y de cierto orden que yo de pronto puse entre ellos, fueron espontáneamente á situarse y á levantar barricadas en todas partes.» Finalmente hablaba con desdén de la fuga de Enrique III, «veinticuatro horas después que yo habría podido arrestarlo mil veces si hubiese querido.»

Pero hasta en esa carta tan desenvuelta el vencedor

protestaba de su fidelidad al rey: era la consigna del partido. El ciudadano ligüero que ha dejado una *Relation des Barricades* («Relato de las barricadas») hace observar que Guisa arregló las cosas de tal manera que puede y debe esperarse una reconciliación entre el rey y él; y en efecto, el día de las barricadas no había habido violencias ni ultrajes irreparables. La Liga, aunque se fortificaba en París y trabajaba para atraerse á Francia, no creía su triunfo seguro más que logrando hacerse suyo nuevamente al rey y gobernar en su nombre, y por esto apoyaba todas las gestiones hechas para justificar ó disculpar á los parisienses por los sucesos del 12 y del 13 de mayo.

Las delegaciones del Parlamento, del Tribunal de los subsidios y del clero regular y secular se encaminaron á Chartres, en donde Enrique III había establecido provisionalmente su residencia. También fueron allí los capuchinos «á pie y descalzos,» con el propósito de representar al vivo la Pasión del Hombre-Dios y de exponer sus sufrimientos para hacer valer su misericordia; en aquel misterio, un Joyeuse, el ex conde de Bouchage, que en religión se llamaba hermano Angel, hacía el papel de Cristo y pasó agobiado bajo el peso de una cruz. El rey, sin embargo, no se dejó todavía enternecer.

La municipalidad no se atrevió, por prudencia, á enviar en comisión algunos de sus miembros y se contentó con asegurar por carta á Su Majestad su fidelidad inalterable: «En todo lo que ha sucedido en estos últimos días (los habitantes de París) no han tenido jamás voluntad ni intención de apartarse de la verdadera obediencia que los súbditos deben á su rey.» «Han lamentado vivamente que los instigadores de este pérfido consejo (la municipalidad creía que se había tramado un complot en la corte) hayan inducido á Vuestra Majestad á salir de esta ciudad, tanto más cuanto que con ello se les ha privado del medio de poder demostrar el efecto de su buena voluntad y los testimonios que querían darle de su obediencia.»

Bien es verdad que la municipalidad ponía á esta obediencia un precio muy elevado, puesto que exigía la destitución de D'Eperón y de su hermano, La Valette, como fautores de herejes y dilapidadores del Tesoro público y proponíase como mediadora y árbitra á Catalina de Médicis que por su odio á D'Eperón y por el deseo de desempeñar el primer papel era favorable á la idea de la reconciliación (1). El rey enviaría á Mayenne al Delfinado y él mismo se iría á Guiena, y durante este tiempo, la reina madre mantendrá «las cosas muy tranquilas y sabrá, como ha hecho antes en ocasión semejante, servirse de personas devotas al bien de vuestro Estado.» La instancia pedía, además, la destitución de d'O, gobernador de la isla de Francia, y la confirmación de la nueva municipalidad. La Liga amenazaba y ella rogaba; necesitaba intimidar á Enrique III sin exasperarle, y multiplicaba las protestas de

(1) El Sr. Conde Baguenault de Puchesse ha tenido la amabilidad de facilitarme las pruebas del tomo IX y último de las *Lettres de Catherine de Medicis*, 1586-1588. Se ve que la reina madre recomienda á su hijo que capitule sin tardanza: «Preferiría, escribía á Bellievre en 2 de junio, darle (al duque de Guisa) la lugartenencia... que estar anhelantes como estamos viendo al rey todavía peor.» (Tomo IX, pág. 368).

obediencia para traerlo nuevamente á París y las precauciones para ponerle en tutela. Y ciertamente no se había engañado en cuanto á la inconstancia y á la debilidad del monarca, quien respondió en el tono más suave á unos súbditos que tan alto hablaban, prometió su perdón, afirmó que no atentaría á las libertades de la ciudad y aseguró que respecto de D'Eperón y de La Valette demostraría que era «príncipe equitativo y recto» y que prefería «la utilidad pública de este reino á toda otra cosa.»

Para negociar con los príncipes envió á París primeramente á su médico Mirón y después al propio Villeroy, el más hábil de los secretarios de Estado y el más favorable á la unión de los católicos, el cual, junto con Catalina, logró que los jefes de la Liga formularan sus peticiones, á las que la municipalidad agregó las suyas; y aunque las exigencias fueron grandes, el rey cedió en casi todos los puntos y firmó en Ruán el Edicto de unión de todos sus súbditos católicos, que fué registrado en París en 21 de julio de 1588.

En él reiteraba Enrique III el juramento prestado en el acto de su coronación de desterrar del reino todas las herejías «sin hacer jamás paz ni tregua con los herejes;» ordenaba á sus súbditos que juraran que nunca aceptarían por rey á un príncipe que fuese hereje; declaraba criminales de lesa majestad á los que de entre ellos se negaran á «firmar la presente unión, y otorgaba una amnistía plena y entera, sin reserva ni restricción por todos los hechos ocurridos en los días 12 y 13 de mayo. Además, por medio de artículos especiales confirmaba las concesiones del tratado de Nemours; se comprometía á publicar el Concilio de Trento; quitaba á Bernet el gobierno de Boloña; prometía poner en venta los bienes pertenecientes á los herejes, mantener los regimientos de Saint-Paul y de Sacremore, dos capitanes de la Liga, y las guarniciones de Toul, Verdún, Marsal y Metz; y conservaba, en sus cargos á los elegidos por la Revolución, es decir, al preboste de los mercaderes, á los concejales y á los capitanes de la milicia.

La Liga se figuraba haberse hecho suyo nuevamente al rey, y para darle las gracias fueron á Chartres los miembros de la municipalidad y los ligüeros notables; pero el monarca los despidió con buenas palabras. También acudieron allí el duque de Guisa y el cardenal de Borbón, siendo muy bien acogidos. Enrique III parecía resignado con su derrota: sus letras patentes, fechadas en 4 de agosto, confirieron al duque de Guisa una autoridad superior sobre todos los ejércitos, con el título de lugarteniente general; y el cardenal de Borbón, en calidad de presunto heredero, obtuvo la merced de poder nombrar un maestro de cada oficio en todas las ciudades del reino, y sus funcionarios disfrutaron de los mismos privilegios é inmunidades que los del rey. Al cardenal de Guisa se le prometió la legación de Avignón; á D'Epinac los sellos, y al duque de Nemours el gobierno del Lyonnais.

Enrique hacía traición á sus mismos antiguos favoritos. El duque de Eperón, en desgracia y perseguido por los libelos infamantes de la Liga, se había retirado á Angulema, capital de su gobierno; una orden equívoca, expedida por la corte, que prohibía la entrada en la ciudad á las gentes de guerra, fué interpretada por el

alcalde Normand, furioso ligüero, como una invitación á apoderarse de él vivo ó muerto, y al frente de algunos hombres resueltos penetró en el castillo sigilosamente y se dirigió pistola en mano al gabinete en donde se encontraba el duque. Los primeros criados que vieron á aquel grupo armado le cerraron el paso y con su desesperada resistencia dieron á su amo tiempo para armarse y atrincherarse y para llamar á sus amigos en su ayuda; gracias á esto, D'Eperón pudo, á su vez, tomar la ofensiva y acorraló al alcalde y á sus compañeros en una torre en donde los tuvo bloqueados. En el entretanto, los ligüeros de la ciudad acudían en auxilio de los suyos, y el duque estuvo dos días sitiado, sin beber ni comer, acribillado de arcabuzazos por todos lados, y obligado á atrancar todas las puertas, á precaverse contra los petardos y á defenderse contra los asaltos, hasta que al fin llegaron socorros de Saintes que le libertaron (10-11 de agosto). El alcalde Normand, cabeza de motín, había muerto á consecuencia de sus heridas. Entre la ciudad y su gobernador firmóse una capitulación «todos cuyos artículos eran sólo de olvido,» habiéndose mostrado el duque tan conciliador porque creía que el rey era cómplice y aliado de la Liga.

## CAPITULO VIII

### EL DESQUITE DEL REY (1)

I. Los segundos Estados generales de Blois. — II. Asesinato de los Guisa. — III. Clausura de los Estados

#### I.—Los segundos Estados generales de Blois

Enrique III preparaba su desquite. Desconfiaba de su madre que quería reconciliarle con los vencedores de las barricadas, y no perdonaba á sus ministros que le hubiesen predicado la sumisión.

La *Armada Invencible* enviada por Felipe II contra Inglaterra y destruída por la tempestad y los combates (julio-agosto), huía hacia el Norte para dar la vuelta á Escocia y regresar á España, después de haber perdido 65 buques, de los que algunos de los más grandes quedaban desfondados en las costas de Francia, y 14.000 soldados ó marinos. Aquel desastre hubo de animar á Enrique III, quien de pronto, en el mes de septiembre, escribió á Villeroy, que se hallaba ausente, dicién-

(1) FUENTES: (Lalourcé y Duval), *Recueil de pièces originales et authentiques concernant la tenue des Etats généraux. Pièces justificatives*, IV y V, Barrois, 1789. Los mismos, *Recueil des cahiers des trois ordres aux Etats généraux*, III, Barrois, 1789. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, introducción. *Mémoires de la Ligue*, 1758, III. *Mémoires d'Etat de Villeroy*, 1665, I. *Mémoires de Cheverny*, M. y P., X. *Archives curieuses*, XII. *Documents historiques sur l'assassinat des ducs et cardinal de Guise*, «Revue retrospective» (de Taschereau), III y IV, 1834. De Thou, X. D'Aubigné, VI. Pedro Matthieu, *Histoire des derniers troubles*, 1597.

OBRA DE CONSULTA: G. Picot, *Histoire des Etats généraux*, segunda ed., III y IV. Barón de Hübnér, *Sixte-Quint*, 1870, II. L'Epinois, *La Ligue et les papes*, 1886. Bouillé, *Histoire des Guise*, III. Fornerón, *Les ducs de Guise*, II. Italo Raulich, *Storia di Carlo Emanuele I Duca di Savoia*, I, 1896. Felice Chiapusso, *Carlo Emanuele I e la sua impresa sul marchesato di Saluzzo. Lettere del nunzio di Savoia*, en *Carlo Emanuele I Duca di Savoia*, Turín, 1891. Robiquet, *Paris et la Ligue*, 1886.